APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

EN EL CURSO DE 1869 Á 1870.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EL DIA 1.° DE OCTUBRE DE 1869

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

POR EL DOCTOR

D. ENRIQUE FERRER Y VIÑERTA,

CATEDRÁTICO DE CLÍNICA QUIRÚRGICA,

EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL CURSO DE 1869 Á 1870.

VALENCIA:

IMPRENTA DE JOSÉ RIUS, PLAZA DE SAN JORGE.

1869.

ILMO. SEÑOR:

REPRESENTAR al Cuerpo Docente de esta Universidad Literaria ocupando en este solemne acto la tribuna donde distinguidos oradores han hecho oir el fruto de su talento en discursos llenos de ciencia y poesía, es árdua empresa para mí, que falto de dotes literarias, nada podré decir digno del objeto que nos congrega en este Santuario de las ciencias. Creed, Ilmo. Sr., sincera é ingénua mi palabra: es la fiel espresion de la conciencia que tengo de mí mismo: no la juzgueis vano orgullo ataviado con las galas de la modestia.

Al aceptar el honorífico cargo con que bondadoso me distinguisteis, alentóme una halagüeña esperanza, la de que la benevolencia es compañera inseparable del saber; y esta creencia, arraigada en mi corazon, me hace esperar que indúlgentes me la otorgarán cumplida, cuan-

tos reunidos hoy en torno de V. S. tributan à las ciencias el venerando culto que se merecen.

Fiado en ella, y esperando que el Sábio entre los sábios concederá por un momento á mi pobre imaginacion un rayo de su espresiva elocuencia, me ocuparé lo mas brevemente posible en esponer algunas reflexiones sobre el siguiente tema: *El trabajo influye en la salud del hombre y en la civilizacion de los pueblos.*

I.

El hombre nace para trabajar.
Job. c. 5, v. 7.

Nada existe en el órden de las cosas humanas mas necesario, decisivo y fecundo que lo que se conoce con el nombre de *trabajo*. Trabajar es la suprema ley del género humano en la tierra: su felicidad, su bienestar estriban en la manera como sabe llevarla á cabo. Comprender y practicar la gran ley del trabajo, segun el curso ordinario de los acontecimientos mundanos, es decidir el futuro y fijar el destino de la humanidad, asegurándola su porvenir, y abriendo en su carrera ricos manantiales que fertilicen su existencia.

La mayoría de los hombres no ve en el trabajo mas que la preparacion al placer, un esfuerzo para que llegue pronto el momento de no trabajar, ó un castigo impuesto á la humanidad; ideas que quitan al trabajo toda

su importancia y nobleza, produciendo resultados enteramente opuestos á los que la sociedad, el mundo entero reclama de la laboriosidad del hombre.

El trabajo en su nocion mas simple es el esfuerzo del hombre contra el obstáculo, la lucha contra la dificultad. Cuando el hombre quiere hacer de sus facultades un uso fecundo, encuentra en la naturaleza misma una fuerza hostil á su desarrollo, y en todo aquello á que llega su mano ó su inteligencia siente una barrera que le detiene: trabajar es vencer esa fuerza, romper esa barrera. El trabajo impera sobre la humanidad entera. El trabajo, dice Schmit, «es la ley del mundo, de la vida, de la justicia, del amor: por todas partes se le encuentra: en todos los grados de la creacion se le halla: en lo mas grande como en lo mas pequeño: nada escapa á su poder.»

Pero no es solo el hombre el que trabaja. Dirijase una mirada sobre todo lo creado, y se verá que el trabajo es la ley del mundo. La tierra que gira al rededor de su eje: los astros que recorren sín cesar la inmensidad de los espacios celestes: los cuerpos inorgánicos atraidos por las leyes fisico-químicas: los mares agitados por el flujo y reflujo: los rios que corren en su cauce: el pulmon que se dilata para aspirar el aire que vivifica: el corazon que late durante toda la vida: la sangre circulando sin parar: todo lo que existe, desde el microscópico infusorio hasta el rey de la creacion, todo se agita, todo se mueve, todo trabaja, con conocimiento ó sin conciencia de sus actos, fatal ó voluntariamente, pero todos los séres trabajan en el mundo. *El trabajo es una ley universal.*

Para hacerlo mas obligatorio, mas augusto, el Todopoderoso ha obedecido tambien su omnímoda ley: ¿no es Dios, dice Platon, el Divino obrero? El Génesis nos pinta al Supremo Hacedor trabajando por espacio de seis dias. Dios en medio de su grandeza, de su omnipotencia, da al mundo un irrefragable testimonio de la imperiosa necesidad del trabajo, y con su ejemplo estimula al hombre, que crió á su forma y semejanza, á que le imite. *El trabajo es una ley divina.*

La religion nos presenta al trabajo nacido en la cuna del género humano, hijo de la prevaricacion del hombre y de una maldicion del Eterno. En la pura atmósfera del primitivo edén, el hombre vivia feliz, rodeado de inocencia, de justicia, de pureza y candor: todo le sonreía. Dios le habia colocado en medio de lo creado: todo era patrimonio suyo, todo podia utilizarlo en provecho propio, desarrollando con una placentera espontaneidad la accion de todas sus facultades. Pero esta accion no era el trabajo: el trabajo no habia nacido: y la accion no era una lucha contra el obstáculo, era una espansion hácia una naturaleza rodeada de encantos. Faltando la criatura á los preceptos de la Divinidad, en alas de su orgullo y deseo de arrancarla sus secretos, y con la vana esperanza de igualarse á ella, rompe con el pecado la suave y amorosa cadena que le unia al Criador; y desde aquel momento el trabajo fue impuesto al hombre como un castigo, como una necesidad para libertarse de los tormentos de la miseria. La vida del hombre desde el instante en que el mundo se conmovió ante el pecado original, es laboriosa: el trabajo le trae al mundo: nace para trabajar: gana el pan con el sudor

de su frente y el cansancio en su cuerpo: trabaja ó muere. *El trabajo es una ley de la humanidad.*

Constituida la familia desde los primeros albores del mundo y con ella la sociedad, aumentaron las necesidades á que el hombre atendia, y le obligaron á estender la esfera de su laboriosidad. De aquí nació el trabajo colectivo, que exigiendo una suma total menor de esfuerzo individual, y escitando la competencia, ha dado por resultado la estension y perfeccion de aquel, y la diversidad del producto; gérmen fecundo de los adelantos que de generacion en generacion, de siglo en siglo, se han realizado en los diversos ramos del saber humano. *El trabajo es una ley social.*

El reposo, la inaccion, impiden el desarrollo físico é intelectual del hombre, y son causa de enfermedades que hacen dolorosa y aniquilan su existencia: una bien ordenada higiene le marca las reglas que debe seguir para poner en juego las potencias de que se halla adornado, y por medio del movimiento, del ejercicio de sus órganos, de un trabajo bien dirigido, se vigoriza y robustece, adquiriendo sus facultades intelectuales con el estudio todo el desarrollo y brillantez necesarios á llenar el objeto á que están destinadas. *El trabajo es una ley higiénica.*

Entregado el hombre al cumplimiento de uno de sus mas apremiantes deberes, el trabajo; ocupado su brazo é inteligencia en su realizacion, apártase de las mil tentaciones que á cada paso el mundo le ofrece, y olvida los placeres materiales á que risueño y astuto á la vez le convida. En el regazo de la familia, en las prácticas de la religion, halla el bálsamo que le consuela y puri-

fica, y siguiendo el sendero de la virtud allana insensiblemente el espinoso camino de la vida, labrándose una dicha eterna. Segun Schmit, el trabajo conduce á la felicidad, pensamiento que el baron Degerando completa probando que el trabajo es una virtud. «El hombre, ha dicho uno de los mas célebres oradores sagrados de la Francia contemporánea, no ha venido al mundo para solo pensar en la posesion del cielo, sino para adquirirlo con su laboriosidad.» *El trabajo es una ley moral.*

Considerado, pues, el trabajo como ley universal, divina, humana, social, higiénica y moral, se demuestra su soberanía absoluta sobre el hombre y su destino futuro; soberanía que la humanidad entera no puede repudiar sin que abdique de sí misma. Si empero olvidando sus deberes, no arranca el hombre á la tierra el alimento que le ha de nutrir, muere físicamente: si con el trabajo no disputa al error el gérmen de su inteligencia, la verdad, muere intelectualmente: si con el trabajo no se defiende del grito que en su alma lanzan las pasiones, y no riega su corazon con la sávia de la virtud, el hombre muere moralmente.

Trabajar es vivir: con el trabajo adquiere el hombre medios materiales que le proporcionan todo género de satisfacciones, y bienes morales que le enaltecen á los ojos de sus semejantes; con el trabajo germinan en su corazon todas las virtudes que le han de abrir, al llegar al término fatal que desde su nacimiento tiene señalado, el camino de los goces que la Divinidad reserva para los buenos y laboriosos.

II.

El trabajo en su parte práctica se halla representado por la accion de los órganos que la naturaleza ha destinado en la economía humana para los movimientos activos, y las sensaciones esternas é internas.

La incitacion cérebro-espinal es la causa determinante del movimiento, de la contraccion muscular. Todo movimiento supone tres tiempos: inervacion, contraccion y relajacion del agente motor. Bajo el imperio de la voluntad trasmítese el estímulo fisiológico por medio de los nervios á los órganos de la motilidad: verifícase la contraccion del músculo que se acorta y endurece momentáneamente, ocasionando una agitacion fibrilar tan duradera como la incitacion nerviosa, y que al cesar deja á aquel en completa relajacion. Cada contraccion determina mayor viveza en el círculo sanguíneo: la combustion orgánica, fuente de la nutricion, aumenta á la vez, y las modificaciones de la sangre se verifican con mayor actividad, siendo la vida local mas enérgica.

La repeticion de estos fenómenos favorece la nutricion de los órganos motores: el volúmen y coloracion de los músculos aumentan, y sus puntos de apoyo, los huesos, se desarrollan y adquieren mayor solidez: determínanse sus superficies articulares, y sus medios de union se robustecen. Por eso vemos que en los individuos dedicados á la gimnásia, sus masas musculares y eminencias huesosas toman un incremento asombroso;

y de ahí que en los grandes centros de la industria humana, en los talleres en que la índole del trabajo requiere esfuerzos continuados, se encuentren hombres de formas atléticas.

Estos efectos locales simpatizan en la generalidad del organismo. La circulacion aumentada primitivamente en el punto en que se verifica la contraccion muscular, se acelera en todo el árbol arterial: el impulso del corazon es mas enérgico: la respiracion frecuente, y mayor la oxigenacion de los elementos protéicos de la sangre; y como una consecuencia de este hecho, los fenómenos de la nutricion son mas activos, las trasformaciones químicas á que da márgen la combustion de los elementos anatómicos es mas rápida, y la sangre venosa acarrea mayor cantidad de ácido carbónico. Las interesantes observaciones de John Davy demuestran que el ejercicio moderado provoca una difusion del calor hácia la periferia del cuerpo, y que poco ó nada modifica el de las partes profundas, de donde resulta un aumento de la traspiracion cutánea, que previene el acúmulo de calórico en los centros de la vida, y presenta una nueva prueba del ingenioso mecanismo de nuestra organizacion.

La influencia que el trabajo físico ejerce sobre el aparato digestivo es evidente. Activadas las funciones de composicion y descomposicion, la naturaleza necesita reparar las pérdidas que sufre, y que nuestro organismo revela por medio del apetito y la sed, que con el trabajo son mas vivos y manifiestos. Si las funciones digestivas se animan por un ejercicio activo, todas las que están bajo su dependencia simpatizan y

participan de los mismos efectos; de modo que por un trabajo ordenado y una reparacion conveniente, se establece esa armoniosa actividad de las funciones de la vida vejetativa, de que nace un bienestar indescriptible.

En el sistema nervioso de la vida de relacion, se refleja á su vez el resultado de la energía estendida por toda la economía. Su desarrollo material es mayor: como agente que percibe y trasmite al encéfalo la impresion de los objetos que rodean al hombre, y avisa á los órganos de las necesidades que deben satisfacer, adquiere mayor grado de vigor y regularidad en sus manifestaciones, y un desarrollo mas perfecto en los actos fisiológicos que preside. Encargado de incitar á aquellos para la satisfaccion de las sensaciones internas normales, se cumplen estas de una manera mas ordenada, y con sujecion al efecto regulador que en las funciones de nutricion ejerce el trabajo, reflejándose tambien en las de reproduccion.

Por medio de los sentidos la naturaleza nos pone en relacion con el mundo esterior; y los tres fenómenos que acompañan al acto fisiológico de las sensaciones esternas, esto es, impresion del objeto sobre el órgano, trasmision al censorio comun, y percepcion en este, son bajo la influencia del ejercicio mas vivos y ordenados. Las funciones sensitivas se regularizan: los aparatos encargados de ellas, adquieren entonces mayor susceptibilidad á sus estímulos normales, y puestas en juego de una manera regular y continuada, sus actos son mas precisos, la impresion mas viva, la trasmision mas rápida, la percepcion mas esquisita. El ejercicio especial de cada órgano sensitivo contribuye tambien

poderosamente á su perfeccion: el pintor aprecia á gran distancia el mas pequeño defecto de un cuadro, y reconoce la escuela á que su autor pertenece: el músico distingue asimismo entre una numerosa orquesta el instrumento que desafina: el ciego suple con el tacto la pérdida de una de sus mas estimables funciones, y adquiere con sus manos una idea de la forma, volúmen y estructura de los cuerpos.

En una palabra, bajo la accion de un trabajo bien ordenado, reanímanse las fuerzas físicas del hombre, y se perfeccionan sus sensaciones internas y esternas, adquiriendo los órganos mayor desarrollo. Reflejándose este efecto en todo el cuerpo, las facultades intelectuales han de ejercer sus actos con mayor energía. ¿No es el cerebro el centro del sistema nervioso, el órgano de la inteligencia? De esta manera se establece una perfecta armonía entre la parte física y moral del hombre, y se realiza el *mens sana in corpore sano* que Horacio pedia como el primero de los bienes concedidos á la humanidad. Por medio del trabajo la imaginacion se despierta, la inteligencia toma toda su fuerza y lucidez. Ciceron y Plinio atribuian estas ventajas á una gimnásia racional: los filósofos de la antigüedad disertaban paseando á la sombra de frondosos árboles; y Rousseau decia que la marcha animaba y vivificaba sus ideas.

Espuestos rápidamente los saludables efectos que en el órden físico se consiguen por el trabajo, bosquejemos los no menos importantes que se refieren al órden moral.

Las facultades intelectuales forman el distintivo del hombre entre los séres de la creacion: semejante á

Aquel de quien recibió la vida, se halla dotado de un número de funciones cuyo cultivo es necesario para su buen ejercicio; sin él no adquiririan desde la infancia el desarrollo conveniente para con su continuada accion llegar en su dia á formar ese conjunto intelectual armónico, que ennoblece al hombre y le asegura el imperio sobre todo lo creado. ¡Despójesele de la inteligencia, y su grandeza desaparece para ocupar un sitio al lado de los animales inferiores en la escala zoológica! ¡Considérese al hombre falto de aquel destello de la Divinidad, y se verá en él un sér que con forma humana no goza ninguno de los atributos con que le dotara la Providencia! El idiota, el imbécil, así lo patentizan. El hombre nace con una organizacion material, con una série de instrumentos que le dan aptitud para cumplir los altos fines á que está destinado. Desde los primeros dias de su existencia el tierno niño demuestra ya en sus actos un conocimiento mas ó menos preciso de cuanto le rodea; él distingue entre otras á la muger que le amamanta; con una mirada dulce y una sonrisa cariñosa demuestra tambien á la que le cobijó en su seno uno de los sentimientos mas íntimos y bellos de su corazon, la gratitud; mirada y sonrisa que recompensan á aquella con usura de los afanes y desvelos inherentes á la noble mision que en el mundo está llamada á desempeñar esa gran figura que la sociedad admira y reverencia, que el hombre respeta y adora, y que conocemos con el espresivo y poético nombre de madre.

A medida que el niño avanza en edad, sus potencias psíquicas van desarrollándose progresivamente hasta que la educacion moral viene á darlas el alimento ne-

cesario para que adquieran toda su actividad, toda su belleza, y el grado de perfeccion compatible con la energía de que están adornadas. Entonces, á la manera que una planta tierna, es cuando conviene cultivarlas para que den los ópimos frutos que han de contribuir á la felicidad del hombre, y á lo que de él tienen derecho á esperar su familia, la patria, la sociedad.

El cultivo de las facultades intelectuales es el trabajo á que se las dedica, el estudio: la naturaleza humana se rige por idénticas leyes en su parte material y moral. El trabajo físico da fuerza, vigor, energía á todos nuestros órganos como hemos demostrado; el ejercicio intelectual despierta primero, regulariza despues, y perfecciona mas tarde las potencias del espíritu. Júzguese al hombre llegado á la edad en que sus facultades intelectuales se encuentran ya en aptitud para dirigirlas oportunamente: la actividad intelectual es entonces espontánea, una necesidad del organismo, pero desordenada é infructuosa; el delicado órgano en que tienen su asiento, las revela sin coordinarlas, para que exista entre ellas la debida subordinacion. Si en esa edad en que la parte moral comienza á caracterizarse se separa al hombre de todo trabajo intelectual, bien pronto ese destello divino, la inteligencia, languidece y se detiene en su desarrollo: si una educacion social y literaria, mas ó menos adecuada, no la regula y ajusta á las prescripciones de las ciencias psicológicas, pierde su energía, y oscureciéndose paulatinamente, se la encuentra mas tarde en un estado rudimentario y atrasado. La falta de desarrollo de la inteligencia, cuando llega su época, produce á su vez falta de vida material en el cerebro;

no adquiere este todo su desenvolvimiento anatómico necesario para el desempeño de sus funciones, y por lo tanto constituye una manifiesta causa de decadencia física y moral en el hombre.

Empero si dedicándose á un estudio prudente y bien ordenado, logra dar fijeza á sus ideas, vigor á sus concepciones, solidez á su memoria, rectitud á su juicio, brillo á su imaginacion, y severidad á su raciocinio; que su inteligencia, en fin, luzca radiante como el astro del dia, ¿cómo dudar que entonces es cuando se eleva hasta la Divinidad, y aparece con todos los atributos que le hacen el sér mas grande y perfecto de la creacion?

Con el trabajo intelectual las pasiones humanas se dominan, y el hombre adquiere una nocion exacta de lo bueno y de lo malo. Aceptando lo primero cual un rico tesoro, rechaza lo segundo como un cáncer que corroe su existencia; y resplandeciendo en su corazon todo género de virtudes, apártase del tortuoso camino del vicio, que gasta su cuerpo y corrompe sus costumbres.

Junto al cuadro que precede, oportuno es bosquejar el que ofrece el hombre que olvidando los deberes que en el mundo ha de cumplir, se entrega á la ociosidad, dominado por la pereza. La Iglesia pinta á esta con el feo colorido del vicio, y considera á la diligencia, á la actividad, al trabajo, como una virtud: bastaria esta consideracion por sí sola para demostrar el funesto influjo que ejerce la inaccion en el que considera al trabajo como un castigo, y no como una ley de la naturaleza.

El perezoso presenta un aspecto triste, desgarrador. Entregado à una quietud mas ó menos absoluta, sus potencias físicas no tienen la fuerza ni el vigor necesarios para desempeñar los actos á que están destinadas: faltas de un estímulo que las anime, todas las funciones de su organismo se encuentran entorpecidas.

Evidente es tambien la fatal influencia que la pereza ejerce en las facultades intelectuales y afectivas. Si el cultivo de la inteligencia contribuye á su desarrollo y perfeccion, el hombre que, al arribar á la edad de la razon, la desatiende, hace que se oscurezca. El que no cultiva su imaginacion, juzga vana trivialidad la lectura de las obras que le han de formar moralmente: falto de toda educacion social y literaria, es estraño á cuanto pasa en torno suyo, y no tarda en verse subyugado por esa condicion del ocioso conocida con el nombre de *tædium vitæ*, que con su triste poderío puede llegar á ser causa del suicidio, que es el mayor de los crímenes.

El hombre entregado á una inaccion continuada, que por educacion, instinto ó mal entendida idea del trabajo, cree que este es patrimonio esclusivo del que ha de ganarse el sustento por medio de sus fuerzas físicas ó morales, busca en el torbellino de las pasiones, entre los goces materiales y en medio de los placeres del mundo sensual, un recurso para entretener agradablemente las horas de su vida, sin pensar que en su ciego delirio va en busca del gérmen de enfermedades que algun dia legará á sus hijos como una repugnante herencia; que gastado su organismo acorta los límites de su vida, y que su conducta estraviada y corrompida es

la fuente de todo género de disipaciones y vicios, que le conducen tal vez á la perpetracion de un crímen. ¡Con cuánta razon ha dicho un célebre escritor, «aquel que nada hace, cerca está de obrar mal!»

III.

Espuestos quedan los efectos que en el hombre produce un trabajo con prudencia dirigido y convenientemente realizado, y los que origina un reposo é inaccion continuados. De cuanto precede, fácil es deducir que con el ejercicio físico é intelectual el hombre se desarrolla y perfecciona, constituyendo un manifiesto equilibrio en los actos de la vida. Esto sentado, oportuno es sacar corolarios que demuestren la primera parte del tema que me he propuesto desenvolver.

¿Qué es la salud? Difícil seria marcar de una manera gráfica y concreta lo que por ella debe entenderse. La salud no es una cosa abstracta: es un resultado, un hecho. ¿Quién es, sábio ó ignorante, el que carece de una idea exacta, precisa de la salud? Se aprecia cuando se goza; se desea cuando se pierde. Pero esta idea es relativa á la manera como se presentan en cada individuo los fenómenos íntimos de la vida, modificados por condiciones especiales que, sin constituir un verdadero estado patológico, impiden que el fisiológico sea perfecto. De la salud puede decirse lo que un Padre de

la Iglesia dijo de la vida: «Nada mas claro si no se me pregunta lo que es; nada mas confuso si se quiere que lo esplique.»

La salud consiste en el equilibrio de todas las funciones del organismo, arreglado á las condiciones regulares de cada individuo. Con esta nocion de lo que debe entenderse por la salud, fácil me será ya llevar á la mente de cuantos me escuchan, el convencimiento de que el trabajo influye poderosamente en el bienestar del hombre, física y moralmente considerado. «Nuestro cuerpo, dice Platon, padre de la filosofía, se altera por el reposo y la inaccion: se conserva por el ejercicio y movimiento: para el alma como para el cuerpo el reposo es un mal.»

La Providencia que ha hecho del trabajo un imperioso deber, ha colocado á su lado un gran bien, la salud: sin esta la felicidad es una sombra, una quimera; la vida una decepcion, los deseos un sufrimiento. El gran problema que el hombre tiene que resolver desde los primeros años de su vida, es conservar la salud, graduar convenientemente sus fuerzas físicas y morales, hacer de ellas un empleo fecundo, á fin de que su vida no sea una continuada tortura. Mirabeau, el fogoso orador de la revolucion francesa, el llamado Demóstenes frances, afectado desde jóven de la enfermedad que debia arrebatarle á su patria, recordando con amargura las faltas de su pasado, que le habian agotado las fuentes de la vida, esclamaba: «Mis primeros años han desheredado, cual un padre pródigo, los últimos dias de mi existencia, y son causa de mi sincero arrepentimiento: para hacer algo en el mundo, y sobre todo para

obrar bien, la salud es el primer móvil: un alma pura no habita jamás un cuerpo estenuado.»

No desconozco podrá objetarse que el trabajo es causa de sufrimientos físicos y morales que minan la delicada organizacion del hombre, acortando sus contados dias; pero á ello contestaré que debe considerarse el trabajo en sus aplicaciones regulares, ordenadas y sujetas al desarrollo del organismo, poderosamente secundadas por el reposo y el sueño, que es el bálsamo de la vida. El trabajo, se dice, gasta y fatiga nuestro cuerpo: el trabajo es un obstáculo para la salud. ¡Grave error! El trabajo que conduce al bienestar material y á la perfeccion moral, es la prenda mas segura de la salud, de una vida duradera y feliz: el trabajo precave al hombre contra los escesos, los funestos apetitos y groseros pasatiempos inseparables de la ociosidad: el trabajo, en fin, conserva y mejora, mantiene y perfecciona el juego de todos los resortes del cuerpo humano, que enmohece y desgasta la inaccion, el reposo continuado. La actividad, el trabajo: he aquí la imágen, la condicion, la ley de la vida: trabajar es vivir con el completo goce de los placeres que proporciona la salud.

Pero cuando el trabajo no es regular y ordenado: cuando el industrialismo abusa del hombre que se dedica al trabajo: cuando no se tiene en cuenta la edad, el sexo y demás condiciones individuales del trabajador, y los talleres no reunen, como desgraciadamente sucede con harta frecuencia, las condiciones que la ciencia señala para cada clase de industria; entonces el trabajo viene á ser la fuente de enfermedades, que gastan las fuerzas del individuo, y acortan los dias del que con su

brazo é inteligencia es el agente mas poderoso de la civilizacion.

Si, pues, un trabajo ordenado desarrolla y vigoriza las potencias físicas del hombre: si las sensaciones se perfeccionan, y la inteligencia adquiere mayor viveza y esplendor, luciendo con el refulgente brillo concedido por la Divinidad, y la salud consiste en la armonía entre la parte material y moral del organismo humano; la consecuencia que de uno y otra se desprende es lógica, precisa, y viene á dar todo el valor de un axioma, de una verdad incontrovertible á la primera parte de la proposicion que he intentado desenvolver, esto es, que *el trabajo influye en la salud del hombre.*

IV.

Considerado el trabajo como ley social, es innegable su poderío en el progreso de los pueblos, y en los adelantos con que se envanece el siglo en que vivimos.

Cuanto en el mundo existe que sea digno de admirar, obra es de la mano é inteligencia del hombre. Las creaciones del génio, hijas son del trabajo: un soplo inspirador las concibe, el trabajo las desarrolla y perfecciona. Todo en el mundo lleva el lema de la laboriosidad del hombre. El que se encorva ante el arado, y el que se inclina ante un libro: el que mueve el polvo de un camino, como el que remueve los arcanos de los sistemas filosóficos: el que escudriña los secretos de la naturaleza en busca de una ley que aplicar á la industria, y el que

sondea los abismos de la història para que brote la verdad con todo su esplendor : el que siembra un grano de trígo para en su dia recojer una dorada espiga, como el que con su elocuencia arroja en el corazon de la criatura la semilla de la virtud ; todos en diverso grado y con distinto fin contribuyen con su trabajo á levantar el grandíoso edificio del progreso moral y material del género humano.

Y he ahí por qué la humanidad se enaltece ó degrada, y las naciones son mas ó menos civilizadas, segun que obedecen ó desprecian la soberana ley del trabajo. Cuando repartido en el justo equilibrio de las fuerzas y necesidades del hombre, se cumple con la proporcion que la naturaleza reclama, la virtud, el poder y el órden se aunan para formar en indisoluble vínculo la grandeza, el poderío y la dicha de los pueblos. Si por el contrario se desconoce ú olvida, la humanidad cae en una dolorosa abyeccion, y presenta el triste aspecto de los paises en que domina el estado salvaje. La humanidad salvaje es la humanidad que no trabaja, que no adelanta, que vive en perpétua decadencia: el ócio y la pereza imperan en los pueblos donde la antorcha de la ilustracion no esparce sus vívidos fulgores. A medida que el trabajo decae en un pueblo, el progreso se detiene para desaparecer si aquel se estingue: sepultados entonces uno y otro, bajo una misma losa, esperan á la vez de la laboriosidad del hombre una feliz resurreccion que les haga renacer con todo su brillo y poderosa influencia.

No en todas las edades el trabajo se ha considerado de la manera que hoy dia: no siempre ha ennoblecido al que lo ha cultivado. Enaltécense las grandes y ma-

ravillosas obras de la antigüedad: el mundo está lleno de recuerdos que patentizan el trabajo del hombre en las primeras edades. Pero esos monumentos que la sucesion de los siglos ha conservado como un rico tesoro, son en las pájinas de la historia humana vivo testimonio de la triste idea que se tenia del trabajo. Toda la grandeza, toda la pompa, todo el fausto de esas maravillas son hijas del hombre esclavo, del hombre privado de los derechos que el Criador le concediera, y trasformado en instrumento de la ambicion del ciudadano libre. Miles de esclavos construyeron las pirámides de Egipto, levantaron los obeliscos de Thebas, y abrieron el canal que debia unir el Nilo con el mar Rojo. La esclavitud aparece en las primeras evoluciones de la humanidad: se la encuentra en la cuna de todas las naciones: no solo en el antiguo Oriente, patria del despotismo, y en Egipto bajo los Faraones, si que tambien en los paises entonces mas civilizados. Grecia, tan grande por sus tradiciones é ilustracion, acepta la esclavitud, y sus filósofos la admiten. Atenas, la mas esclarecida de las repúblicas, tenia 20,000 ciudadanos y 400,000 esclavos: en Esparta se priva al esclavo de todo derecho; la virtud se le niega, y el valor le perjudica. El mismo Aristóteles justifica la condicion del esclavo en la república griega, al decir: «Hasta que el huso y la lanzadera marchen solas, la esclavitud no será abolida.»

En los primitivos tiempos de la dominadora Roma las profesiones manuales y las artes se ejercian por hombres libres: las conquistas agrandan el terreno de la república, los ciudadanos dejan el arado y la paleta para empuñar las armas, y el prisionero de guerra reducido

á esclavitud es destinado al trabajo. El esclavo siendo el resorte de la produccion era considerado como una cosa, *servus res, non persona;* y sin embargo, el hombre subyugado, envilecido por la esclavitud, es el que con el sudor de su frente y la fatiga en sus miembros, ha inaugurado el trabajo industrial, el fundador de esa gran lucha de la inteligencia contra la materia, base del progreso y civilizacion de todas las generaciones, que con el trascurso de los siglos ha colocado en las sienes del hombre la corona de su imperio sobre la creacion.

No era la esclavitud el destino de la humanidad. Dios al criar al hombre, le impuso como uno de sus deberes la ley del trabajo; pero en su infinita bondad no podia consentir que medio mundo gimiera bajo el yugo opresor del otro medio. Para terminar tan odioso espectáculo, Dios se hizo hombre, nace en un establo de Belem, elije por padre á un trabajador.... á un oscuro y pobre carpintero.... y dando al mundo esta sublime muestra de humildad, levanta mas tarde con su doctrina los cimientos de la moral divina, que iguala á todos los hombres ante el pie de los altares, y los confunde en una misma bondad y justicia, otorgando al hombre la libertad que el mundo le negaba, y ennobleciendo el trabajo.

Las verdades del cristianismo demostrando la fraternidad entre todos los hombres, su igualdad ante el Criador; proclamando como el primer elemento de la felicidad humana el amor á Dios y al prógimo, que el trabajo ennoblece y no degrada, que con él se abre el camino de la dicha eterna; rompieron paulatinamente las cadenas de la esclavitud, y han formado el lazo santo

que, fundado en la caridad cristiana, estrecha y reune á la humanidad entera. El Evangelio, predicando la libertad del hombre, ha dicho: «que cada uno despida sus esclavos: que nadie tenga en esclavitud á sus hermanos, cristianos como él.»

Por desgracia no ha sido todo lo fecundo que fuera de desear el fruto del cristianismo: la esclavitud se conserva todavía, aun cuando en corta escala, en el Nuevo-Mundo.... en paises que pasan por los mas civilizados.... anteponiendo la humanidad en aras de la conveniencia, su misma degradacion á las máximas evangélicas. De esperar es, sin embargo, que el progreso de las sociedades modernas logre desaparezca en término no lejano de los anales del siglo XIX, ese borron que mancha las páginas históricas de la civilizacion contemporánea; así como la religion, estendiendo de día en dia su poderío en los paises salvajes, afea la ociosidad, y enaltece la fe cristiana y el amor al trabajo, como fuente de toda civilizacion. La prediccion de Aristóteles se ha cumplido; miles de telares se mueven ya sin la mano del hombre: la esclavitud debe desaparecer para siempre del mundo: la sociedad, la religion lo exijen; la caridad, la justicia lo reclaman.

El cristianismo al hacer al hombre libre, le ha concedido derechos que la sociedad reconoce, é impuesto deberes que cumplir. Emplear sus fuerzas físicas y morales en provecho propio y en el de sus semejantes, es un deber indeclinable de la humanidad, y de que el Evangelio nos da la fórmula por boca de San Mateo: «Todo lo que querais que los hombres hagan con vosotros, hacedlo tambien vosotros con ellos.» *Trabajar los*

unos para los otros es la gran mision social y moral que los hombres están llamados á cumplir, es la ley impuesta desde los primeros momentos de la creacion; condicion necesaria del principio de la vida social, y eterna base del progreso humano. La causa visible é inmediata de los hechos y del progreso es el trabajo del hombre, bajo dicha ley: la naturaleza le proporciona los medios materiales, y en su organizacion coloca una inteligencia, una actividad para que trabajando los utilice para sí y sus semejantes. La ciencia económica conoce la causa, la vía, el método del progreso: asociacion, cámbio, colectividad y division del trabajo: que son el axioma moral, la ley fundamental, ley histórica, ley de justicia, que dice á los hombres «*trabajad los unos para los otros*.»

El destino de las sociedádes no es otro que procurar el bien del hombre, y perfeccionarle por el desarrollo del trabajo, acompañado de la práctica de las virtudes evangélicas. Trabajar para hacer agradable la vida por todos los progresos de las artes, ciencias, industria, é instituciones sociales, y arraigar en el corazon humano las ideas de justicia, caridad, paz é igualdad, es el objeto del progreso, el fin de la civilizacion.

El uso que el hombre hace de sus facultades, encaminado á una cosa útil, es la verdadera aplicacion del trabajo al adelanto material y moral de los pueblos. La naturaleza humana indica dos clases de progreso: uno que obra en el limitado círculo del órden físico, y otro en la inmensa esfera del órden moral: reunidos ambos contribuyen poderosamente á la marcha civilizadora de los paises en que la ley del trabajo se cumple en toda

su estension. La necesidad es el estímulo del trabajo: trabajar para ganar honradamente la vida, para sostener y educar la familia, para adquirir comodidades, adelantar y ascender en la escala social, y para encontrar en el término de una laboriosa carrera el reposo, la independencia, la estimacion pública; es el resultado que ofrece á la justa y legítima ambicion del hombre la práctica del trabajo. El fin moral se halla en el deseo de ilustrar el entendimiento, de ser útil al pais, de cultivar las ciencias y las artes en bien de sus semejantes, y ejercitarse en la aplicacion de las verdades cristianas «haciendo por los hombres lo que quisiera hicieran ellos por él.»

Los progresos que la humanidad ha realizado y realiza todos los dias, fundados en el conocimiento que el hombre tiene de sí mismo, en el que adquiere sobre los objetos que le rodean, en la facultad que goza de aplicarlos y utilizarlos mejorando las condiciones inherentes al trabajo que ha de emplear para ello, y multiplicando las observaciones estimulado por sus propias necesidades; son la fuente de la civilizacion. Satisfacerlas de la manera mas perfecta, mediante el menor trabajo posible, es el interes que impele al hombre á perfeccionar y simplificar los procedimientos que emplea, para sacar utilidad de cuanto la próvida naturaleza pone á sus alcances.

La ley del progreso rije todos los séres perfectibles: el hombre y la sociedad obedecen á la ley de mejora progresiva. El verdadero progreso y la civilizacion estriban en la perfeccion del trabajo humano. El hombre, con su inteligencia modifica y hasta completa la crea-

cion primitiva, dominando las leyes de la naturaleza, y aplicándolas en provecho suyo y de la sociedad entera: á la perfeccion del trabajo físico é intelectual durante los siglos, debe los medios de existencia y bienestar acumulados en la época presente. El carácter de la laboriosidad del hombre es ser perfectible, sin que sea dado marcar los límites de la perfeccion, y á que llega por sus mismos esfuerzos, la tradicion, los descubrimientos y la division bien ordenada del tiempo, para lograr por medio del trabajo el desarrollo de las leyes generales del universo. Para ello es forzoso que el hombre aproveche bien los contados dias de su existencia, sin olvidar que perder el tiempo es perder la vida.

La civilizacion es un hecho natural: hemos visto que la salud era el resultado de la armonía entre las funciones del organismo humano: la civilizacion lo es de la organizacion misma del hombre, de su inteligencia, de sus deseos y necesidades, de su colectividad, de su perfeccion. Aguijoneado sin cesar por los irresistibles y continuados instintos de adelantar física y moralmente, no cesa un dia y otro de acumular observaciones sobre observaciones, esperimentos sobre esperimentos, y con su asiduidad y continuado afan por mejorar sus condiciones sociales, estiende y perfecciona por fin el trabajo, desarrollando su inteligencia, y contribuyendo á los adelantos de que no en vano hoy dia se enorgullecen los paises civilizados.

El fin de la civilizacion es el bien de la humanidad; pero ni el génio, ni la erudicion, ni las artes, ni la industria desplegadas en toda su latitud, civilizan cumplidamente, si no son secundadas por la moralidad de

las costumbres, la práctica de los deberes, y la obediencia á las leyes que la naturaleza ha esculpido en el corazon humano: aprecio á la virtud, horror al vicio. La civilizacion verdadera, universal en sus efectos, benéfica en sus tendencias, es la fundada en la religion: la idea de Dios santifica todas las especulaciones, vivifica las artes y las ciencias, liberaliza los pueblos, asegura la paz, estiende la caridad, arraiga la justicia y proteje esa fermentacion de trabajos útiles, de empresas gigantescas, de reformas saludables y asombrosos descubrimientos, que son la gloria del siglo en que vivimos.

Si la civilizacion no ha logrado estenderse en todos los pueblos del mundo en igual grado y de una manera uniforme, debe atribuirse á que no existe una perfecta igualdad en las facultades morales y físicas concedidas por el Criador á las diferentes variedades de la especie humana, y al estrecho círculo en que se desarrollan, como tambien al clima, costumbres, instituciones políticas y sociales, y condiciones geológicas que tan poderosamente influyen en el hombre. Este desequilibrio entre los diferentes pueblos es necesario exista para despertar una verdadera y fecunda emulacion, ausiliar poderoso del progreso social, á fin de que los paises mas adelantados lleven á los mas atrasados los gérmenes que les conduzcan sucesivamente á la civilizacion.

Tanto en el órden físico como en el moral, se halla siempre el trabajo como el primer móvil del progreso. La union de la actividad corporal é intelectual, ha producido las maravillas de lo bueno y lo bello. El mármol, bajo el cincel de Phidias, ha tomado formas que escitan la admiracion del arte: los colores, con el pincel de Rafael,

han revestido, en cuanto la imaginacion puede exijir de mas puro, las apariencias de la vida. El hombre arranca á la naturaleza sus maderas, sus metales, sus fibras; y los trasforma en diversos instrumentos, que gracias á su inteligencia, producen los mas armoniosos sonidos. Desfigurada por sus hábiles manos, la materia se ve sometida á nuevas leyes hijas del trabajo intelectual: más dichoso que el rey de la fábula que todo lo convertia en oro, el hombre de génio cámbia cuanto toca en hermosura y belleza. Por el trabajo se han producido esas nobles figuras que son la gloria del género humano: en filosofía y elocuencia Sócrates, Platon, Descartes, Ciceron: en poesía Homero, Virgilio, Tasso, Milton, Dante: en ciencias Aristóteles, Hipócrates, Newton, Lavoisier: en bellas artes Rafael, Murillo, Joanes, Goya, Mozart, Rossini.

Seria prolijo citar los nombres de los que con su trabajo físico é intelectual han contribuido al progreso sucesivo de la sociedad, así como enumerar las mil conquistas que el siglo XIX ha alcanzado de la actividad de las generaciones pasadas y presentes. ¿No bastará para demostrarlo indicar algunas? El hombre, por su trabajo, trasforma espesos bosques en fértiles campos: cultiva inmensos terrenos antes estériles é improductivos: deseca pantanos, que cual en Holanda, ora convierte en florecientes praderas, ora levanta sobre ellos inmensos diques que se oponen como barrera á las agitadas olas del mar: da á la corriente de los rios la mision de fecundar la tierra y mover poderosos artefactos: construye canales de riego y de navegacion, que llevan á distancias inmensas la vida de la agricultura y del comercio: tras-

forma ásperos troncos en obras de arte y en gigantescos buques: hace de los metales instrumentos útiles á la agricultura, artes é industria: saca de las entrañas de la tierra el carbon de piedra con que alimenta los hornos de las grandes fábricas, de mil agentes mecánicos, y de que estrae el gas del alumbrado: arranca de las escarpadas montañas rocas informes, que labradas emplea en construir suntuosos palacios, magníficos templos, atrevidos puentes y seguros puertos, que en el furor de las tempestades dan abrigo á mil embarcaciones.

Por medio del trabajo el hombre hace de los vientos y mares uno de los mas grandes medios de comunicacion entre los pueblos dispersos en el globo: encuentra en la fuerza magnética el guia fiel que le marca su derrotero en la inmensidad de los espacios: pone en comunicacion directa el Mediterráneo con el Mar Rojo por medio del canal de Suez: halla en el vapor comprimido un eficaz ausiliar de la industria, y el mas poderoso medio de locomocion para recorrer en breves horas inmensas distancias, dando en pocos dias una vuelta al rededor del mundo: perfora los montes mas formidables, á cuyo través corre rápida la locomotora: apoderándose de la luz solar la aplica á las investigaciones microscópicas, y fija en el papel las imágenes de la cámara oscura: miles de máquinas de imprimir facilitan que el gran descubrimiento de Guttemberg estienda por todos los ámbitos de la tierra, y en cien idiomas diferentes, los productos de la inteligencia humana: dueño del rayo hace de la electricidad la mas sorprendente conquista del génio del hombre; millones de metros de hilo telegráfico cruzan la atmósfera y la profundidad de

los mares en todas direcciones, y son el prodigioso mensajero que instantáneamente trasmite el pensamiento humano de un mundo á otro mundo. Y como si esto no bastara á patentizar los inmensos beneficios que la sociedad reporta del trabajo del hombre, en busca de una mayor perfeccion y adelanto, estudia con incansable afan el movimiento contínuo y la navegacion aérea.

Allí donde el hombre dirije su mirada encuentra objetos que admirar, hijos de su laboriosidad: en el mas insignificante ve acumulado el trabajo colectivo, necesario para todo adelanto y perfeccion; pero se ofrece diariamente un espectáculo que lo sintetiza y demuestra cuál es su influjo en el progreso físico y moral de los pueblos. El silbido de una locomotora, que se desliza magestuosa sobre los rails, es para el hombre atento y pensador orígen de sérias y filosóficas reflexiones. «Yo era, le dice, un mineral áspero é informe, que mezclado con el polvo formaba parte de la tierra: el brazo del hombre me libró de la eterna prision en que yacía, y con su inteligencia me ha dado forma y fabricado las ruedas, engranes y palancas que ingeniosamente facilitan mi movimiento: levantando gigantescos puentes sobre caudalosos rios y aun brazos de mar, taladrando montes, construyendo elevados terraplenes, y dando solidez al movedizo suelo, ha allanado los obstáculos que la naturaleza oponia á mi marcha: impulsada por el vapor comprimido que desarrolla el agua á beneficio del voraz elemento que conmigo llevo, y dirigida por hábil mano, venzo en pocas horas las mayores distancias, y atravieso en su base anchas cordilleras: en los wagones que mi potencia arrastra, acarreo mil produc-

tos hijos de la laboriosidad y del ingenio humano: por mí el sábio difunde en paises lejanos el fruto de sus estudios y desvelos: represento la actividad, y estiendo por el mundo todo cuanto en artes, ciencias y literatura produce el talento del hombre. Dejadme el paso libre.... no me detengais.... no cerreis mis válvulas.... Sin mí los pueblos careceríán de instruccion y del estímulo necesario para adelantar y perfeccionarse: represento la felicidad del hombre: soy la mensajera de la union evangélica entre todos los pueblos, la grandeza de las naciones, la antorcha del saber humano. ¡Ved en mí el progreso físico y moral de la humanidad! ¡Soy la civilizacion!»

¡Progreso! ¡Civilizacion! He aquí los resultados del trabajo humano trasmitido de generacion en generacion, de siglo en siglo, y que íntimamente enlazados con las virtudes proclamadas por el Evangelio, al decir: «todo lo que querais hagan los hombres con vosotros, hacedlo tambien vosotros por ellos,» son el cimiento, la base del bienestar que gozan las sociedades modernas. Los pueblos que permanecen bajo la ley del trabajo, llegan por el estudio de la naturaleza y la práctica de la religion al conocimiento de la verdad, que les conduce á la posesion de las libertades políticas y sociales, fundadas en el cumplimiento de los deberes, y en el uso de los derechos que el cristianismo y la sociedad han concedido al hombre en justa recompensa de sus afanes y continuados desvelos. Los anales de todos los tiempos así lo atestiguan: la historia del trabajo es la historia del progreso, de la civilizacion de los pueblos libres.

Si, pues, como acabamos de ver el trabajo es el

rico manantial de que brota el adelanto de la humanidad: si es el agente mas poderoso de la felicidad del hombre: si la sucesion de los siglos, acumulando los resultados del laborioso afan de mil generaciones, ha hecho que se perfeccione el trabajo en términos de llenar plenamente su objeto utilitario, satisfaciendo de la manera mas cumplida las necesidades materiales de la vida: si el trabajo ajustado á la fórmula evangélica hace iguales á todos los hombres ante la justicia y bondad Divinas, y la civilizacion es el resultado de la aplicacion práctica de la razon perfeccionada, y de los nobles instintos de la humanidad al bienestar del individuo y de las sociedades; juzgo evidente la *influencia que el trabajo ejerce en la civilizacion de los pueblos*, objeto de la segunda parte de mi proposicion.

He llegado, Ilmo. Sr., al término del camino que me habia propuesto recorrer, y creo queda demostrado en los cortos límites de este discurso, que *El trabajo influye en la salud del hombre y en la civilizacion de los pueblos*.

Permitid que antes de retirarme de este sitio dirija breves palabras á los alumnos que acuden á esta Escuela, ávidos de recibir su educacion científica.

A tí, juventud estudiosa, dedico las últimas líneas de mi desaliñado discurso. Acabas de oir cuánto deben el hombre y la sociedad al cumplimiento de la indestructible ley del trabajo: por él se proporciona una salud perfecta; por él labra su felicidad, la de sus hermanos, la del mundo entero. Vuestro trabajo es el estudio: dedicaos á él con entusiasmo, y dia llegará, no lo dudeis,

en que os será dado alcanzar el premio de vuestros desvelos.

En vano la naturaleza será pródiga al concederos el preciado don de una clara y fecunda inteligencia, si no la cultivais para con facilidad seguir los gloriosos senderos del saber humano. Con vuestra aplicacion vereis à la vez cumplida una de las mas grandes misiones que el hombre ha de llenar en la tierra; esto es, contribuir con su trabajo al progreso y bienestar de la sociedad, «haciendo por los hombres lo que quisiera hicieran ellos por él.»

El mundo marcha, ha dicho Bálmes, y seria aplastatado por él quien se opusiera á su acompasado movimiento. No os opongais á él; pero tampoco precipiteis con velocidad vuestra marcha so pena de caer en un precipicio insondable. Pero la ciencia es vasta y la vida breve, como ha dicho el Padre de la Medicina; y forzoso es que al separaros en el término de vuestra carrera de aquellos que os enseñaron la senda que debiais seguir en la investigacion de las verdades científicas, os entregueis un dia y otro, y con una voluntad decidida, á estender y perfeccionar los conocimientos adquiridos.

Así es como llegareis un dia á tener un nombre querido en el seno de la familia, y respetado en sociedad. Trabajando sereis ciudadanos útiles á la patria, y os abrireis el camino de una gloria imperecedera: trabajando os será dado imitar á los esclarecidos varones Juan Luis Vives, Andres Sempere, Melchor Aracil, José Esteve, Juan Monzon, Luis Istella, Miguel Vilar, Mateo Orfila, Pedro Gimeno, Andres de Exea, Gregorio Lopez, José Borrull, Juan Gelida, Simon Rojas Clemente, An-

tonio Cabanilles, Ignacio Vidal, y otros cien discípulos de esta Universidad que pudiera citar, y que con su estudio legaron á la posteridad un nombre que las generaciones venideras pronunciarán, como la presente, con respeto y veneracion.

Y vosotros, génios esclarecidos, que recibisteis en esta Escuela la educacion literaria que os alentó en el estudio de la ciencia, difundiéndola unos en España y otros en el estranjero, despertad del sueño eterno en que descansais: despojaos del sudario que cubre vuestras venerandas cenizas: levantad el frio mármol que cierra la tumba do tranquilamente reposais: tomad, siquiera sea por breves momentos, la forma humana que tuvísteis durante vuestra rápida carrera por el mundo: pedid al que Todo lo puede un destello de su Divinidad que alumbre vuestro entendimiento, apagado hoy por la inflexible ley de la naturaleza. Envueltos en resplandecientes nubes, matizadas de coral y púrpura, acompañados de la aureola de gloria que os rodea, y ornada vuestra frente con el laurel de la inmortalidad; venid á este templo de las ciencias y de las letras, y colocados en el lugar preferente que la Fama os tiene preparado, hablad vuestra autorizada palabra. Decid á estos jóvenes cómo llegásteis á alcanzar durante vuestra vida un sitio honroso en la sociedad, y un nombre envidiable despues de vuestra muerte: trazadles el camino que deben seguir en el estudio de las complicadas cuestiones que constituyen los diferentes ramos del saber humano: repetidles una y mil veces con vuestra elocuente voz, que solo con un constante y asíduo trabajo, y una fé entusiasta y decidida, puede el hombre gozar en

el mundo bienestar, dicha y salud perfectas: que solo con el estudio lograrán legar á la posteridad un nombre que eternice su memoria, y grabarlo con caracteres indelebles en las páginas de la historia. Yo os lo ruego, venid: mi pequeñez no basta á enaltecer á los ojos de esta juventud, cual lo hariais vosotros, la importancia del trabajo intelectual á que se dedican: fáltame la brillantez de imaginacion que formó vuestro glorioso distintivo para arraigar en su alma que únicamente con el trabajo labra el hombre su presente y su porvenir, y que la ociosidad, el descuido, son gérmenes fecundos de desdichas y sinsabores... Pero ¡vana ilusion, temerario empeño el mio!... Vivísteis ya, y al pagar el tributo impuesto por el Supremo Hacedor á toda criatura, desaparecísteis para no volver jamás. Permitidme, sin embargo, haya evocado vuestra memoria en este acto, presentándoos como verídico testimonio de lo que deseo quede impreso en el corazon de esta juventud. ¡Dichoso el que logre imitaros! Trabajásteis y fuísteis *buenos:* trabajásteis y fuísteis *grandes:* el trabajo os hizo *virtuosos:* el trabajo os ha hecho *inmortales:* con el trabajo habeis alcanzado esculpir con letras de oro en los muros de este templo de las ciencias y de las letras, un nombre eterno é imperecedero, que las generaciones futuras repetirán para honra y gloria de la Universidad de Valencia.—He dicho.